

Presentación del dossier: Los movimientos sociales uruguayos entre dos siglos

Graciela Sapriza¹

Diego Sempol²

Durante mucho tiempo, en un país históricamente considerado como partidocrático se ha prestado poca atención a los movimientos sociales que han cumplido y cumplen un rol clave en nuestro país. Muchas veces, las aproximaciones se hicieron meramente con el fin de evaluar su capacidad de reproducción de tradiciones político partidarias, o para analizar la relación entablada en diferentes períodos históricos con grupos políticos tan disimiles como el batllismo, el socialismo, anarquismo, el comunismo e incluso el herrerismo.

Los movimientos sociales son un objeto de estudio que convoca a una reflexión fuertemente interdisciplinaria, sus expresiones son analizadas por la sociología, la ciencia política, la antropología, la sociología histórica, como por la historia propiamente dicha. En honor a esa tradición este dossier buscó poner en diálogo a la historia, la sociología y la antropología. A su vez, gran parte de los textos aquí presentados tienen relación directa con el proceso de discusión y trabajo que viene impulsando el Archivo Sociedades en Movimiento (ASM), un acervo documental en cuya gestión participan el Departamento de Ciencia Política (FCS), el Centro de Estudios Interdisciplinarios Uruguayo (FHCE) y el Archivo General de la Universidad. El ASM se ocupa de custodiar documentación y digitalizar fuentes de los movimientos sociales uruguayos desde los años ochenta hasta el presente, y busca generar un archivo oral de sus militantes y activistas, así como de imágenes quietas y en movimiento que sean accesibles al público en general y a investigadores en particular.

Tradicionalmente en Uruguay, un freno importante para la producción historiográfica sobre los movimientos sociales es el poder contar con archivos personales de ex militantes de diferentes organizaciones, problema que busca superar el ASM mediante la digitalización de documentos y su puesta a disposición a través de nuestro sitio digital (<https://asm.udelar.edu.uy/>)

Durante los años ochenta, en el marco del ciclo de protesta contra la dictadura, se produjo a nivel regional la aparición en escena de “nuevos personajes”³ que disputaron protagonismo en la arena política, cobrando así visibilidad una gran cantidad de movimientos sociales como el cooperativista, de mujeres y feminista y el de derechos

¹ Directora del Centro de Estudios Interdisciplinarios Uruguayos, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, investigadora Nivel 1 ANII.

² Docente e investigador del Departamento de Ciencia Política, Facultad de Ciencias Sociales. investigador Nivel 1 ANII.

³ Sader, Eder “*Cuando novos peronagens entraram em cena*” (1988) Ed. Paz e Terra. Sao Paulo. Brasil

humanos. En esa oportunidad, el foco analítico de los acercamientos académicos estuvo puesto en la capacidad de los movimientos de dinamizar la transición y sus niveles de autonomía respecto a los partidos políticos - en un momento, en el que estos estaban proscritos o sufriendo importantes limitaciones para su acción- ocupando un lugar protagónico gracias a su gran capacidad de movilización. Después de 1985, varios autores se dedicaron en Uruguay a trabajar la creciente crisis de este momento “dorado” de los movimientos sociales locales: la progresiva pérdida de incidencia política y liderazgo que enfrentaron la mayoría de las organizaciones sociales de los años ochenta al experimentar las formas más institucionalizadas del quehacer político en el nuevo contexto democrático. Pero en esos abordajes, mayoritariamente sociológicos y politológicos, no se destacaron ni se priorizaron los aportes de los movimientos sociales al proceso de democratización y a la construcción ciudadana de abajo hacia arriba, enfoque que la producción reciente intenta poner en evidencia.

Queda aún en el tintero analizar los esfuerzos que estos movimientos hicieron para incidir en la forma que tendría la nueva democracia, y las disputas que instalaron sobre sus contenidos y alcances. El movimiento Pro Referéndum fue un claro ejemplo, la Coordinadora anti-razzias otro. El dossier retoma varios de estos asuntos con los artículos que lo abren. Por un lado, el texto de Gabriela González, aborda la Semana del Estudiante en 1983 y el impacto que tuvo este evento de protesta en la conformación organizacional y definición identitaria del movimiento estudiantil universitario, uno de los actores claves durante la resistencia al régimen autoritario. A continuación, se presenta el artículo de Diego Sempol sobre el debate en torno a la exclusión de los médicos militares de los cargos docentes en la Facultad de Medicina, análisis que busca destacar como la Asociación de Estudiante de Medicina (junto a otros actores sociales) buscaron erosionar el silencio que instaló la transición democrática sobre la participación civil durante el régimen autoritario, así como el intento de innovar el repertorio de protestas promoviendo formas de condena social ante la imposibilidad de obtener justicia por vías institucionalizadas luego de aprobada la ley de Caducidad en 1986. En definitiva, la AEM advertía de los riesgos de la impunidad y de los problemas futuros que estaba gestando la nueva democracia.

Luego el dossier aborda otro actor social clave de los años ochenta, todavía poco estudiado, el movimiento de mujeres y feminista. El trabajo de Lucía Martínez analiza como ambos movimientos lograron construir y difundir socialmente la categoría de “violencia doméstica” entre fines de los años ochenta y principios de los años noventa, iniciando un lento, pero efectivo, proceso de desnaturalización de esta formas de violencia de género, mediante la construcción de una figura penal, que confirmó en nuestro contexto la articulación ya en los inicios de los reclamos de este tipo y las posiciones punitivas. A su vez, el texto de Diego Grauer explora las disputas que existieron entre el movimiento feminista y el Frente Amplio durante el cierre de la transición a la democracia, demostrando cómo esa categoría constituyó un significativo abierto, objeto de fuertes luchas simbólicas y políticas durante los años ochenta, que

ponían en discusión diferentes formas de pensar la política y el nuevo orden recién conquistado.

La literatura sobre los movimientos sociales en los años noventa se centró en las resistencias al avance neoliberal que llevaron adelante tanto el PIT-CNT, a través de la convocatoria a diferentes plebiscitos que buscaron evitar cambios con este signo, como en el movimiento estudiantil secundario, el que buscó frenar la reforma educativa impulsada durante el segundo gobierno de Julio María Sanguinetti. El texto de María José Bolaña, busca trascender ese encuadre local, analizando otra de las estrategias ensayadas por las organizaciones durante esa década para enfrentar la lógica neoliberal: explorar los escenarios regionales e internacionales buscando construir nuevas claves interpretativas para la acción. Bolaña indaga así el surgimiento de la categoría afrodescendiente tanto aquí como en América Latina en el marco de una creciente articulación latinoamericanista, liderada por la organización Mundo Afro, que tuvo lugar antes de la Conferencia de Durban (organizada por UN en el año 2000).

Por último, en el nuevo ciclo de movilizaciones que ocurrió durante la “era progresista” se construyó la llamada “nueva agenda de derechos” cobrando fuerte visibilidad movimientos como el feminista, la diversidad sexual, el cannábico, y otros como el de “No a la baja”. Gran parte de estos movimientos sociales comenzaron a cumplir roles cada vez más protagónicos, facilitando la renovación programática del Frente Amplio, y forzando la creación de políticas públicas centradas en sus demandas y necesidades.

El dossier se cierra precisamente con un texto que aborda el estudio de una organización representativa de este nuevo escenario. El artículo de Jimena Pandolfi y Valentina Torre, aborda el proceso de construcción identitaria colectiva de la organización Trans Boys Uruguay, espacio de encuentro y militancia que permite pensar en formas alternas de masculinidad y los significados puestos en pugna durante estos procesos.

El dossier busca articular en su reflexión tres momentos diferentes (la redemocratización, el empuje neoliberal y la “era progresista”), que casi coinciden con tres décadas distintas, lo que permite visualizar -pese a los enormes cambios producidos- fuertes continuidades entre muchos de los reclamos introducidos durante los años ochenta y lo que finalmente cuajó durante la “era progresista”. Es imposible no establecer ligazones (más allá de las notorias diferencias) entre el movimiento feminista de los ochenta y el que logró la despenalización del aborto en situación hospitalaria en 2012, entre el surgimiento del movimiento homosexual en 1984 y el que logró la aprobación del matrimonio igualitario en 2013 y la ley integral trans en 2018, entre la Coordinadora anti-razzias y el movimiento “No a la baja” y entre la Brigada Luca Prodan y el que militó a favor de la ley de regulación cannábica. Parece que los años ochenta, en todo lo vinculado con la acción colectiva, funcionan como un espejo en donde es posible

identificar la emergencia de acciones y reclamos que llevaron 30 años en hacer pie, ganar la calle e introducir cambios significativos a nivel social y normativo.

El dossier permite así mismo acercarse a las formas en que los movimientos locales dialogan con las redes transnacionales, y constituyen acciones que explotan ideas y legitimidades globales, a efectos de presionar al gobierno local y exigir el cumplimiento de los compromisos asumidos en la escena internacional.

Finalmente, este conjunto de abordajes busca contribuir a la producción de conocimiento sobre los movimientos sociales que actuaron entre dos siglos, a efectos de problematizar la cada vez más extendida visión que busca identificar en forma excluyente a las organizaciones sociales con las lógicas corporativistas y con supuestos posicionamientos conservadores que dificultan y frenan cualquier cambio. Cada uno de los seis artículos introducidos aquí permite comprender aportes que realizaron estos movimientos a la cultura política uruguaya y las formas de pensar la justicia y la política que hasta el presente habían sido olvidados o invisibilizados. Un caleidoscopio que confirma las mareas que las organizaciones sociales son capaces de instalar en la vida social y política y su creciente poder transformador en un país en donde se viene produciendo un desplazamiento de los partidos en la centralidad histórica que tuvieron en nuestro sistema político.